

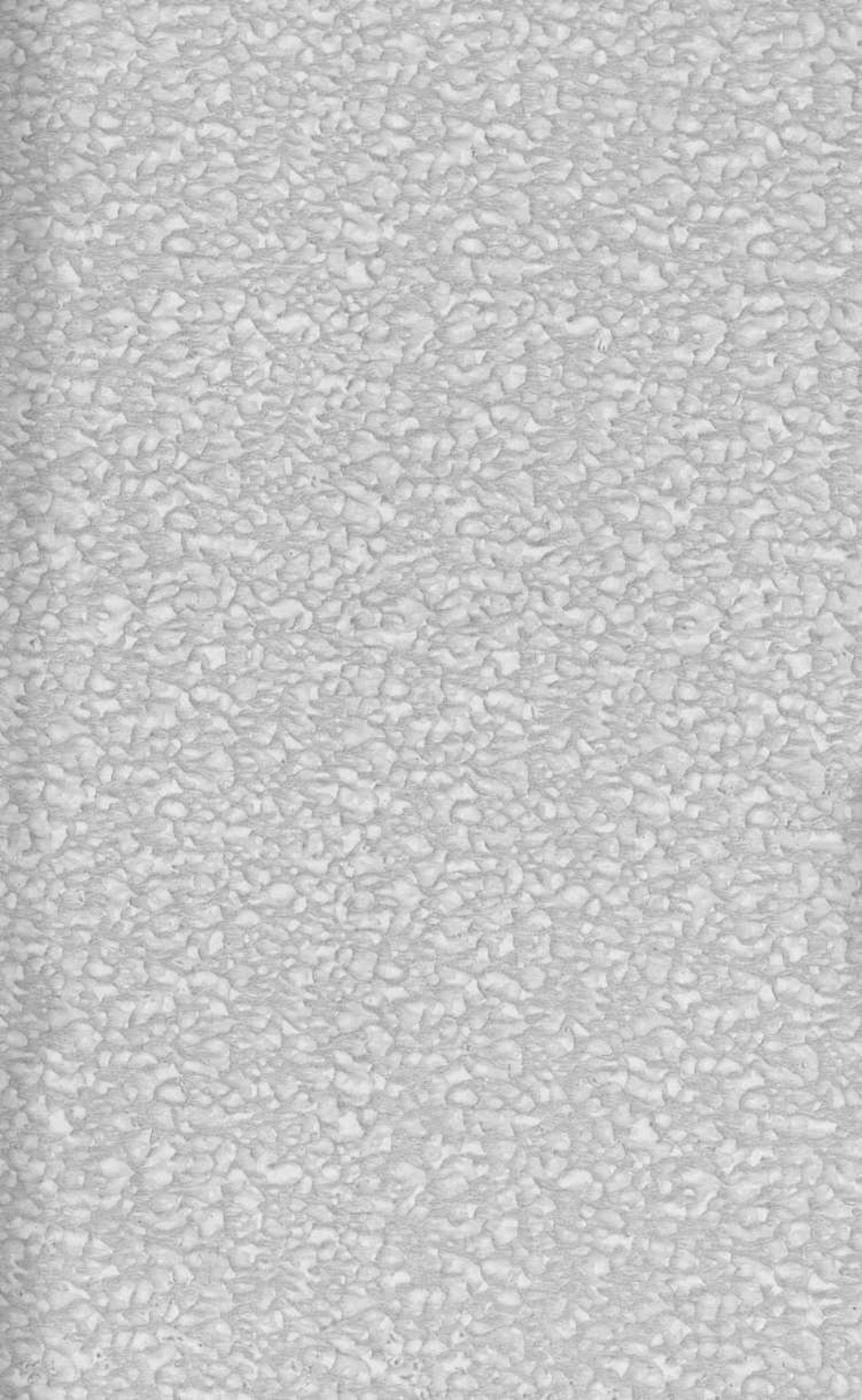
80.

P. FR. GERARDO

---

SERMON







SERMÓN

DEL

Beato Francisco Fernández de Capillas

religioso de la Orden de Sto. Domingo

y Protomártir de la China

PREDICADO EN LA IGLESIA DE LOS PADRES DOMINICOS DE OCAÑA

EN LA TARDE DEL DÍA 1 DE MAYO DE 1910

POR EL

P. Fr. Gerardo de S. Juan de la Cruz

Carmelita descalzo

---

*Con las debidas licencias*

---



VERGARA

Tip. de «El Santísimo Rosario»

1910



SERMÓN

DEL

Beato Francisco Fernández de Capillas

religioso de la Orden de Sto. Domingo

y Protomártir de la China

PREDICADO EN LA IGLESIA DE LOS PADRES DOMINICOS DE OCAÑA

EN LA TARDE DEL DÍA 1 DE MAYO DE 1910

POR EL

P. Fr. Gerardo de S. Juan de la Cruz

Carmelita descalzo

---

*Con las debidas licencias*

---



VERGARA

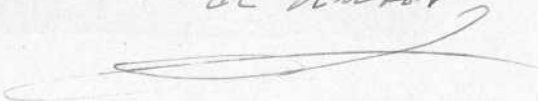
Tip. de «El Santísimo Rosario»

1910





Al Excmo. Sr. Marqués  
de S. Juan de Piedras Blancas  
Recuerdo de su afino amigo  
el Autor



Beato Francisco Fernández de Capillas

---





SERMÓN  
DEL  
PROTOMÁRTIR DE LA CHINA

---

Bonum certamen certavi, cursum  
consumavi, fidem servavi.

(II.<sup>a</sup> AD TIM., CAP. 4. V. 7).

EXCMO. SR.: (1)

*Venerable Comunidad.*

**D**ios Ntro. Señor ha confiado á la Orden del glorioso Patriarca Sto. Domingo una misión altísima. ¿Sabéis cuál es esta misión? pues no es otra sino aquella que Ntro. Señor Jesucristo dijo «que Él había venido á desempeñar á este mundo: «Ego in hoc natus sum et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati». «Yo para esto he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (2). Para dar testimonio de la verdad, es decir, para enseñar la verdad, para explicar la verdad, para comprobar la verdad, para defender la verdad, y para esparcir doquier la verdad; para eso suscitó Dios la Orden de Predicadores. Y digo que ésta es su misión, porque aunque todas las Órdenes religiosas tengan el cargo de dar testimonio de la verdad, á esa Orden benemérita le pertenece de una manera singular, como de una manera singular le

(1) El Excmo. Sr. D. Fr. Máximo Fernández, Obispo del Tonkín, O. P.

(2) Joann., cap. 18, v. 37.

incumbe á la Orden del Serafín de Asís dar testimonio de la pobreza evangélica, y á la Orden del Serafín del Carmelo dar testimonio de la oración. Para dar, sí, testimonio de la verdad, nació la Orden Dominicana. Ésta fué la misión especial de su Santo Fundador, y ella no podía tener otra. En conformidad con esto, en el escudo de esa Orden veneranda se divisa este lema: «*Veritas*»: *La Verdad*, lo cual parece que está diciendo, que la verdad es lo que deben tener siempre delante de los ojos los hijos de Sto. Domingo de Guzmán, que la verdad debe ser lo que deben tener grabado en lo más íntimo de su corazón, que la verdad debe ser todo su encanto y el defenderla su timbre más glorioso, y en una palabra, que el dar testimonio de la verdad debe ser el supremo afán de su vida. Así en realidad lo ha sido siempre. Por esto con justicia se da á la Orden Dominicana el glorioso título de «*Orden de la Verdad*»: *Ordo veritatis*. Y han cumplido con esta misión de dar testimonio de la verdad sus teólogos, sus apologistas, sus filósofos y sus predicadores. Y la han cumplido de una manera singular, porque todos ellos han estado informados por el sistema más racional, por el sistema más apto para explicar, comprobar y defender la verdad: el sistema que propusiera la inteligencia suprema del Ángel de las Escuelas, Sto. Tomás de Aquino. Pero esto no basta para que la Orden de Sto. Domingo haya cumplido con su misión de dar testimonio de la verdad. ¿Pues qué le falta? Ua cosa todavía más importante. ¿Y cuál es esa cosa? Mirad al altar mayor. ¿Qué divisáis en él? ¡Un mártir! Pues los mártires: ésa es la cosa que le faltaba á la Orden de Predicadores. Los mártires, sí, porque los mártires son los que, mejor que nadie, dan testimonio de la verdad. Los mártires, mejor que los teólogos, mejor que los filósofos, y mejor que los apologistas aclaran la verdad, comprueban la verdad y defienden la verdad. Lo que los sabios, después de torturar nuestra imaginación y poner en aprieto á nuestro entendimiento, apenas si nos hacen concebir, los mártires nos lo hacen palpar con las manos. Los mártires también, mejor que los predicadores, difunden las semillas de la fe y extienden y dilatan los términos del reino de la verdad. Necesitaba, pues, la Orden de Sto. Domingo, para cumplir con su misión, para dar testimonio de la verdad, tener mártires. Y Dios Ntro. Señor, que á todos los hombres y corporaciones provee de los medios necesarios para cumplir su desti-

no, se los dió, y se los dió en mayor número que las estrellas del cielo y que las arenas del mar, en mayor número que á cualquier otra Orden religiosa (1).

Y aquí tenemos un nuevo testimonio de esto: aquí tenemos un nuevo campeón, un héroe de la verdad, el Bto. Francisco Fernández de Capillas, Protomártir de la China, elevado al honor de los altares por nuestro santísimo padre el Papa Pío X. Sus glorias, sus triunfos y sus virtudes ya las habéis escuchado de labios más autorizados que los míos; las habéis oído de boca de hombres sabios y elocuentes en cuya presencia yo no soy ni siquiera lo que es un pigmeo en presencia de un gigante. ¿Pero esto será motivo para que yo me llene de cobardía y ponga un candado á mis labios? ¡De ninguna manera, hermanos míos! Antes al contrario; esto mismo es lo que me alienta y anima, y me da energías para hablar.

Mirad: cuando un hombre ignorante y cobarde ve que otros hombres sabios y atrevidos, de cuyas ideas participa, se lanzan á la calle y proclaman á voz en grito sus opiniones, él, deja su cobardía, y aunque no pueda otra cosa, une su débil voz á la de esos hombres y forma con ellos coro para vitorear sus doctrinas. Pues esto mismo me pasa á mí; y así voy á unir mi débil voz á la de esos elocuentes oradores que me han precedido, para cantar los triunfos y las victorias del Bto. Francisco Fernández de Capillas. Y al efecto, os voy á probar que fué *Un Héroe de la Verdad*.

Mas ahora, al querer dar principio á mi discurso, siento faltarme una cosa. ¡Entusiasmo, no! (Perdonadme la falta de molestia). Hablo de la Orden Dominicana, y hablando de esta Orden bendita, á los hijos de Santa Teresa nunca les pude faltar entusiasmo. ¡Si es la herencia que nos dejó nuestra Fundadora!; la cual siempre que hablaba ó escribía de los dominicos, lo hacía con un entusiasmo especial. Lo que me falta es poder para hacerlos amar la verdad como la amó el Bto. Francisco de Capillas, para hacerlos amar la verdad con tal amor, que deis si es necesario vuestra sangre y vuestra vida por ella. Pidamos muy de veras á Dios esta gracia, por medio de la Sma. Virgen María á quien dirigiremos reverentes las palabras del Arcángel San Gabriel.

*Ave, María.*

(1) Véase Vigil: «La Orden de Predicadores» y el P. Paulino Álvarez: «El P. Biñez y Santa Teresa», pág. 41.

Acababan de dar á nuestro Mártir el tormento dolorosísimo de los tobillos, cuando tomando el Juez la palabra le exhortó á que abandonara la religión de Cristo, la cual extendían por medio de hechizos y encantamientos; y para moverle á hacer esto, le prometió riquezas en abundancia y puestos de honor. Á este razonamiento contestó con valentía el Siervo de Dios y entre otras cosas le dijo al tirano, que Dios no necesitaba valerse de encantos ni de hechizos para defender su santa ley, que es la verdad: «el encanto, añadió, es la verdad, que es tan hermosa de rostro, que luego al punto que la merecen ver los hombres, se enamoran de ella» (1). Ese rostro tan hermoso de la verdad, que dice el Bto. Francisco, se le descubrió á él mismo en los albores de su existencia, y viendo cuán agraciada era la verdad, se enamoró de ella y fué en su seguimiento y la tomó por esposa y se hizo perpetuo amador de su hermosura, como lo hizo el sabio con la sabiduría: «Hanc amavi et exquisivi a juventute mea et quaesivi sponsam mihi eam assumere et amator factus sum formae illius» (2).

Mas sabiendo que el mundo tiene declarada guerra perpetua á la verdad y que trabaja y lucha sin cesar para apartar á los hombres de la verdad y hacerlos esclavos de la mentira y del error, se armó para defender contra el mundo la verdad, para no dejársela arrebatar de su corazón. Entabló por la verdad lucha contra el mundo, y el mundo cayó vencido á sus pies; y así libre ya de los lazos del mundo, voló al claustro, que es como una sagrada atalaya desde donde se contempla mejor la verdad: desde donde se ven con más claridad sus resplandores y hermosura; y que es al mismo tiempo como una fortaleza inexpugnable, desde donde se la puede defender, tanto en el propio corazón como en el de los fieles, con menos riesgo de ser vencido en el combate.

Pero no se contentó con esto: sabía él muy bien que las pasiones son las que hacen la guerra más terrible á la verdad; que las pasiones oscurecen el brillo de la verdad y afean su hermosura: más todavía: que las pasiones llegan á arrebatar del corazón del cristiano la rica joya de la verdad y hacen que su entendimiento se mude y se abraze con el error, y que esto lo hacen muy solapadamente, *sine malitia*, como dice el sabio (3), y sabia, además

(1) Vida del Beato por el P. Recoder, pág. 234.

(2) Sapient., cap. 8, v. 2.

(3) Sapient., cap. 4, w. 11 y 12.

que las pasiones siguen al hombre aun á lo más escondido de la soledad, á las mismas entrañas de la tierra: por esto armóse de nuevo para el combate y declaró guerra abierta á su cuerpo, que es donde principalmente tienen raíz y asiento las pasiones; rodeóle de un áspero cilicio, que llevaba de continuo, le disciplinaba todos los días, y le daba el alimento en tan exigua cantidad, que apenas si era lo suficiente para sustentarse en pie. Á esto añadió el dormir poco, y esto poco sobre una cruz de madera á la cual, por medio de unos lazos sujetaba sus manos y pies: y le mortificó de otras mil maneras, en especial exponiendo sus brazos y manos á las picaduras de los voraces mosquitos, los cuales de tal manera le pararon, que parecía un leproso, y hubo el Superior de prohibirle hacer esto, conmutando esta penitencia voluntaria en otras: ¡tanto era lo que el Siervo de Dios mortificaba su cuerpo! Con razón dice un testigo de vista que siempre le tuvo guerra declarada (1). De este modo tenía á raya sus pasiones, para que no se desencadenaran y desencadenándose obscurecieran, afearan y robaran á su corazón la hermosa joya de la verdad. Mas no paró todavía aquí su solicitud por defender y conservar la verdad en su alma.

Él era sabedor de que la verdad se puede arraigar más y más en el corazón del cristiano, y de que pueden crecer en el alma los resplandores de esta hermosa luz; y sabía que esto se consigue poniendo en práctica esas mismas doctrinas y enseñanzas de la verdad, es decir, de la fe. Por esto dióse muy de veras á la contemplación de las verdades que nos enseña esa fe bendita, pasando en este santo ejercicio muchas horas del día y gran parte de la noche, según en su vida se refiere (2), procurando en lo restante del tiempo tener fija la vista de su alma en aquellos resplandores y misteriosas bellezas de la verdad, que en la oración se le descubrían. Con esto se ejercitaba más y más en la verdad, y la amaba cada día con mayor delirio. Entregóse también á otras prácticas de piedad, ¡y sobre todo!... ¡y sobre todo!... oídme bien: procuró siempre prepararse con una gran limpieza de alma y con encendidos afectos del corazón, para recibir á Jesús Sacramentado, que es la fuente en donde se bañan en resplandores y luz las

(1) Todo lo que aquí se ha dicho puede verse en el cap. 5.º, parte 2.ª de su vida.

(2) Parte 2.ª, cap. 3.º.

almas devotas; y trató siempre de deshacerse en acciones de gracias, después que Jesús le había concedido tan soberana dignación de venir á morar en su pecho. No se puede decir cuánto se entrañaba con estos medios la verdad en su alma y cuánto crecía en su pecho la llama del amor hacia ella.

Todavía, hermanos míos, no hemos descubierto en el glorioso Mártir de Cristo al héroe de la verdad: solamente hemos visto en él al soldado, que por decirlo así, se ensaya en singulares peleas, para adquirir valor y destreza para cuando llegue la hora de reñir terribles combates.

Y este momento llegó para el Bto. Capillas. El hombre que se dedica con afán á revolver infolios para conocer las glorias nacionales de su patria cuando ya ha adquirido un copioso caudal de conocimientos, desea comunicarlos á todo el mundo para que todas las gentes conozcan á los sabios, á los oradores, á los artistas y á los héroes de su nación; y para conseguir esto no se da reposo día y noche. Pues del mismo modo el alma cristiana que se aplica á contemplar las verdades de nuestra sacrosanta religión, descubre y viene á conocer cuán inestimable sea el valor de esa joya precioso de la fe y cuánta alegría y paz inundan el corazón de los que la poseen; y al contrario, qué cosa tan terrible sea estar un alma sentada en las densas tinieblas del error y de la mentira; esa alma, hermanos míos, de que antes os hablaba, desea comunicar á todas las gentes que no pertenecen al gremio de la Iglesia católica, la luz de la verdad, desea sembrar en todo infiel esa sencilla bendita de la verdad. Tal aconteció á nuestro Beato Mártir: conociendo qué dón tan inestimable sea el de la verdad se encendió en ardientes deseos de que todos los hombres le poseyeran. Y llevado de este noble y generoso deseo pidió á sus Prelados permiso para pasar á la China á predicar el Evangelio. Estos en un principio se lo negaron, mas después disponiéndolo Dios, en cuyas manos están los corazones de los hombres, se lo concedieron. Ya está el Beato Francisco de Capillas en la China. Ya está el héroe de la verdad en el campo de batalla. Miradle trabajar sin descanso por la verdad; miradle cómo lucha por la verdad, confortando á unos en la verdad, y atrayendo á otros al gremio de la verdad, miradle cómo dilata los términos del reino de la verdad, miradle cómo al par de sus triunfos crecen en su corazón los deseos de nuevas conquistas para la verdad. Con-



templadle en sus marchas para hacer estas conquistas, y veréisle que no anda, que no corre, sino que vuela, como declara un testigo en el proceso de su beatificación (1). ¡Tantas eran sus ansias por difundir la semilla de la verdad!... Contempladle también cómo vence las dificultades que se oponen á su marcha triunfadora. El cansancio, la fatiga, el sueño, el calor, la aspereza del camino se le ponen delante para hacerle retroceder, ¡pero... él retroceder?... Era un héroe de la verdad, y propio de los héroes es no retroceder nunca ni por nada. Dos años, hermanos míos, le trabajaron unas cuartanas; y sin embargo, hallándose oprimido de esta enfermedad, no desistía en su empeño de conquistar nuevos adeptos para la verdad. No dije bien, hermanos míos: alguna vez sí que desistía; pero ¡ah! entonces no se mostraba cobarde, sino al contrario, más valeroso defensor de la verdad que nunca. Hallábase una noche tan oprimido de la fiebre, que no se podía mover en su lecho. Vienen á darle aviso de que un cristiano se hallaba en los extremos. Encendido en vivas ansias de confortar á aquel cristiano en la verdad y de auxiliarle en aquellos momentos en que todo el infierno hace esfuerzos desesperados para apartar al hombre de la verdad ó para que no obre conforme á lo que la verdad le enseña, hace un violento esfuerzo, arrójase del lecho, para ir, no ya andando, no ya á gatas, sino arrastrándose, ¡sí, arrastrándose!... hermanos míos, á la casa de aquel cristiano moribundo. ¡Qué valor! ¡Qué heroísmo!... No pudo ir, á pesar de tanto esfuerzo. Digo mal: no pudo ir con el cuerpo, pero sí con el espíritu; y yo estoy íntimamente convencido de que con este acto consiguió más gracias para que aquel cristiano muriera fuerte en la fe, que si hubiera ido personalmente á ayudarle á bien morir.

Pero no está en lo dicho el heroísmo del glorioso Mártir dominicano, como no lo está el heroísmo de un capitán en que sepa arengar muy bien á sus soldados proponiéndoles delante el premio y la gloria y recordándoles los admirables ejemplos de sus compatriotas, que lucharon con arrojo y denuedo por la honra y por los fueros de su nación. No está en esto el heroísmo del capitán; no es con esto con lo que más mueve á sus soldados á luchar con valentía: donde está su heroísmo y con lo que más infunde valor en el pecho de sus soldados es, cuando tomando la

(1) Vida del Siervo de Dios, pág. 167.

espada en la mano, entra animoso por medio de las filas enemigas. Pues lo mismo: el heroísmo del que defiende y lucha por la verdad, está más en las obras que en las palabras. Sabiendo esto el Beato Francisco, y sabiendo que la semilla de la verdad, se siembra con la palabra, pero se riega con las lágrimas, y se hace brotar con el calor de la oración, y se hace crecer y producir frutos con el cultivo de los buenos ejemplos, se entregó con todo el ardor de su alma, al mismo tiempo que predicaba, á una vida la más santa é inocente: y con esta vida tan admirable movía más á los cristianos á permanecer y practicar las doctrinas de la verdad, y á los infieles á abrazar la fe, que con su predicación: así lo depone un testigo en el proceso del Siervo de Dios (1).

Ya ha dado muestras el Beato Francisco de Capillas de que es un héroe de la verdad, y ahora nos las va á dar mayores todavía: ahora vamos ya á contemplar en él el *summum* del heroísmo.

Venía cierto día de auxiliar á un cristiano que estaba enfermo, cuando dió en manos de un mandarín y soldados tártaros, los que, reconociendo en él á quien deseaban prender, le echaron una sogá al cuello y se lo llevaron preso.

Ya empieza el terrible combate para nuestro héroe.

¿Será vencido en la pelea? ¿dejará de confesar y defender la verdad? ¡De ninguna manera, hermanos míos! Jesucristo había dicho: «Todo el que oye mis palabras y las pone en practica, es semejante á un varón prudente, que edifica su casa sobre una roca incommovible. Descendió la lluvia, añade el Salvador, y vinieron los ríos y soplaron los vientos huracanados y dieron con impetu en aquella casa y esa casa no se cayó!..... ¡Estaba edificada sobre una roca firme!» (2).

Pues el Beato Francisco había oído las palabras de Jesucristo, la doctrina de la verdad, y no se había contentado con oírlas sino, que las había puesto en práctica todos los días de su vida; por eso cuando soplaron los vientos de la persecución y descendió la lluvia torrencial de los tormentos y vinieron los ríos de las aflicciones y dieron con ímpetu en su corazón, su corazón permaneció firme en la verdad, como roca en medio del océano, que permanece inmóvil resistiendo todas embestidas de las embravecidas olas. Llevan al invicto Mártir delante del tirano y éste le manda

(1) Vida pág. 173.

(2) Matth. cap. 7, v. 24—26.

dar el tormento de los tobillos. Acabando de darle esta tortura le manda poner de rodillas, y le hace un razonamiento para hacerle abandonar la verdad: terminado que fué, toma la palabra el Siervo de Dios y con sin igual valentía defiende la verdad. Enfurecido el tirano le manda arrastrar y el Mártir es arrastrado; mas no bien había acabado este tormento cuando vuelve á tomar la palabra para defender la verdad, para atraer á aquellos hombres, que estaban presentes, al gremio de la verdad. ¡Qué heroísmo el de nuestro Mártir, para defender la verdad! ¡Su cuerpo está sumamente dolorido; no hace caso alguno de los dolores que le afligen, ni de los tormentos que le esperan y se entrega con valentía á defender la verdad! Lleno de cólera el tirano al ver el arrojo de nuestro héroe y que nada le puede hacer callar ni dejar de defender la verdad, manda que le azoten bárbaramente, y después le envía á un oscuro calabozo. Está el generoso atleta de la fe sin fuerzas y lleno de heridas, sus muslos estan medio podridos y á más de esto encerrado en un oscuro calabozo y metido en un cepo. ¿Tendrá todavía valor para defender la verdad, para espacir la semilla de la fe? Sí que la tiene, hermanos míos. Es un héroe de la verdad, y propio de los verdaderos héroes es sobreponerse á todo por defender ó los fueros de la justicia ó el honor de una nación.

El apóstol S. Pablo, gran defensor y propagador de la verdad, fué puesto en cadenas por cumplir con la misión á que Dios le había destinado, y hallándose en ese estado, ¿sabéis lo que decía? Yo estoy en cadenas, mas la palabra de Dios no lo está: *Verbum Dei non est alligatum* (1). Y así noche y día predicaba la palabra de Dios, sembraba en el corazón de los carceleros y encarcelados la semilla de la verdad. Otro tanto hace el Beato Francisco de Capillas. En todo instante, en toda ocasión, que se le ofrece, explica la verdad, comprueba la verdad y defiende la verdad. De este modo consiguió fortificar á muchos en la verdad, y conquistar nuevos corazones para la verdad (2).

Mas ya llegó el momento de mostrar todo su heroísmo por defender la verdad. Mándale un día llamar el juez; conoce el Siervo de Dios que es para martirizarle y por esto fortificó su alma con la oración (3), como se fortifica con pertrechos de guerra

(1) II ad Tim. cap. 2, v. 9.

(2) Vease el cap. 11 y 12 de la 2.<sup>a</sup> parte de su vida.

(3) Vida, pág. 281.

un capitán, cuando ve llegado el momento de dar el combate decisivo; preséntase ante el juez y éste le condena á muerte.

Entonces se recoge un momento é implora el auxilio de Dios, que es el Dador de la fortaleza, y ofrece su vida y su sangre en holocausto, para que triunfe y se difunda la semilla de la verdad que él había predicado (1). En seguida le mandan bajar del monte y yendo caminando, con un golpe de catana, un soldado tártaro derribó la cabeza de sus hombros. ¡Murió el Beato Francisco de Capillas! ¡Murió el héroe de la verdad! ¡El héroe de la verdad! sí, porque murió por defenderla y porque muriendo voluntariamente por defenderla, hizo el acto más grande de heroísmo que hacerse puede por ella: dar la sangre y la vida, que son las cosas que el hombre más aprecia.

Nunca mejor que cuando murió defendió la verdad..... La sangre que brotó de sus heridas, aun está defendiendo la verdad. Ella es un testimonio que ha confortado á las pasadas generaciones cristianas, conforta á las presentes y confortará á las futuras en la verdad. Más todavía: la sangre que brotó de sus heridas, aun después que la sorbió la tierra, está dilatando los términos del reino de la verdad. Ella todavía está predicando á los gentiles la verdad: ella también está regando la semilla de la verdad, que esparcen los misioneros, para que produzca frutos en abundancia. Todo, pues, nos predica, que el Mártir dominicano fué ¡un héroe de la verdad!... ¡Gloria, pues, á ti, honor de tu patria, Baquerín de Campos, florón de la diócesis Palentina, ornamento de la Orden de Predicadores, y luz hermosa de la Iglesia Católica! Gloria, pues, á ti, Protomartir de la China, atleta generoso, campeón de la fe, héroe de la verdad!

Ahora, hermanos míos, confortado con este ejemplo tan admirable, mi corazón se ensancha, mi alma se engrandece, todo mi ser se anima y llena de energías, y mi voz se levanta poderosa cual nunca para deciros: ¡Católicos, amad la verdad, defended la verdad!... El apóstol S. Pablo nos exhorta á que permanezcamos, ceñidos nuestros lomos en la verdad (2); es decir: nos exhorta á que permanezcamos fuertes en la verdad. Mas ¡oh dolor! que no es así; que hay muchos flacos y débiles en la verdad.

Ya se han cumplido los temores del Apóstol de las gentes:

(1) Su vida, pág. 284 y 285.

(2) Ephes. cap. 6. v. 14: *State ergo succinti lumbos vestros in veritate.*

temía este predicador de la fe, que los fieles se hicieran flacos en la verdad, y así les exhortaba á que no fueran como los niños, inconstantes, y no se dejaran llevar de todo viento de doctrina (1).

Hoy día, si sopla cualquier viento de doctrina, que favorece el orgullo de nuestro entendimiento, somos llevados de él. Y otro tanto y más acaece si es favorable á nuestras pasiones ó á nuestros intereses materiales. ¡Cuántos son los que apostatan hoy de la verdad! Y en mucho mayor número son los que no practican la doctrina de la verdad. Yo tiendo mi vista por todos esos pueblos y ¡oh dolor! veo que ya apenas nadie cumple con los preceptos de Dios y de la Iglesia, con lo que nos preceptúa la doctrina de la verdad. ¿Y es esto obrar como hombres de razón? ¿Y es esto obrar como católicos? No, y mil veces no, hermanos míos. Pues, ¡ay de aquéllos que abandonan la verdad! ¡ay de aquéllos que conocen la verdad y no la aman y no la practican! Jesucristo les tiene preparados terribles castigos..... ¡Ay, sobre todo de nosotros, si, después de conocer la verdad y contemplar tan admirables ejemplos, como el que acabamos de ver, no practicamos la verdad!

Amemos, pues, hermanos míos, amemos la verdad, practiquemos la verdad y defendamos la verdad. Jesucristo ha prometido grandes premios á los que así lo hacen: *Et veritas liberabit vos*, nos dice por S. Juan (2). La verdad os librará. La verdad nos librará de nuestras pasiones, la verdad nos librará del mundo seductor, la verdad nos librará de los lazos del astuto demonio, la verdad, en una palabra, nos hará libres y salvos en el tiempo y en la eternidad. Y en la eternidad, sí, donde quedará extasiado nuestro entendimiento, contemplando la verdad por esencia, y nuestro corazón se inundará de gozo, amando con todas sus fuerzas y abrazándose estrechamente con esa verdad, y nuestra lengua por siempre no hará otra cosa que entonar himnos de alabanza á la Suprema Verdad. Amén.

(1) Ut non circumferamur omni vento doctrinæ: (ad Ephes. cap. 4, v. 14).

(2) S. Juan, cap. 8, v. 32.



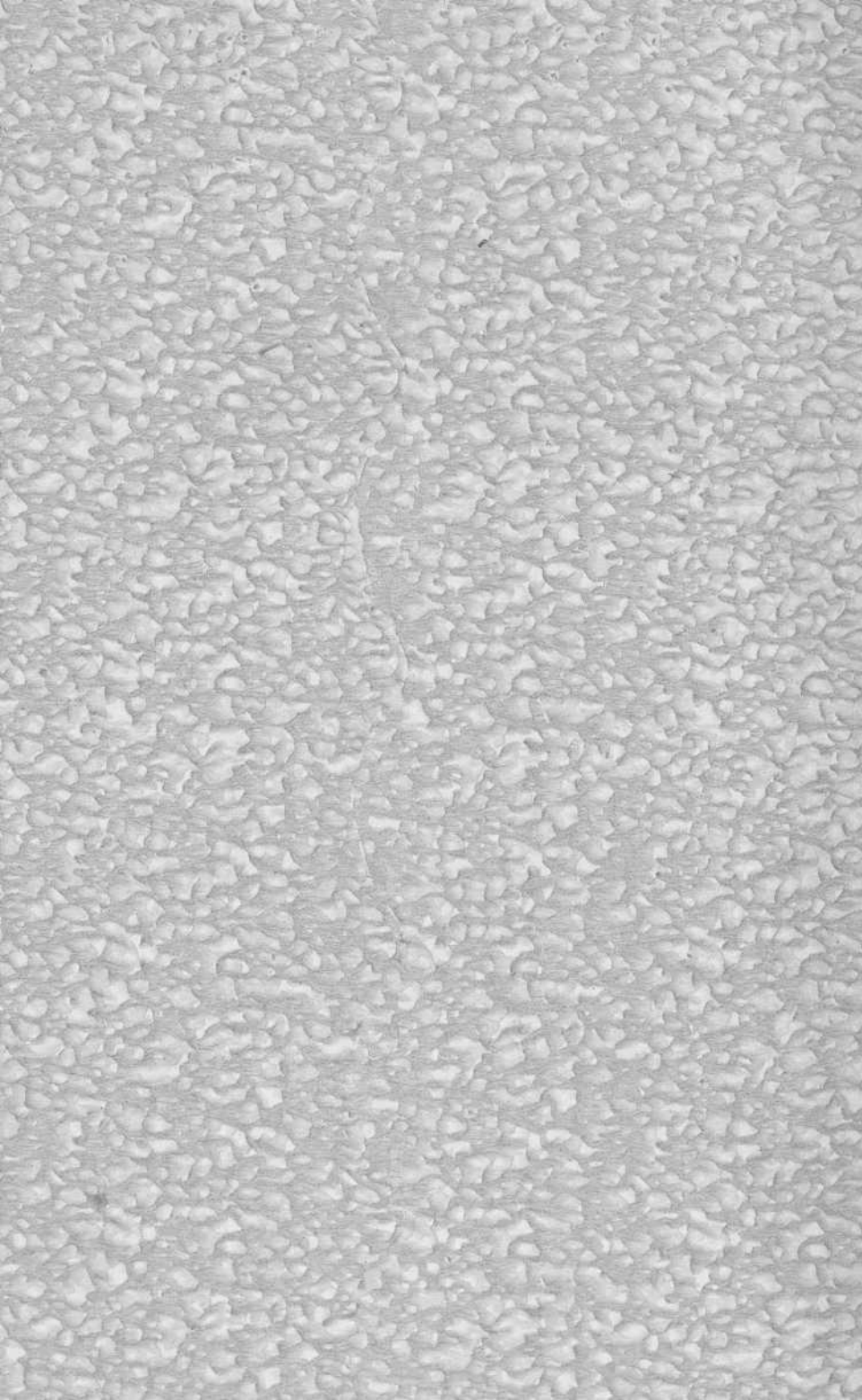












# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

### SECCIÓN IX

#### Libros publicados por Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	2080	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante.....	115	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	1	Valoración actual.....	» .....

20

